

GUILLERMO FADANELLI LODO



FONDO EDITORIAL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO



Almadía

GUILLERMO
FADANELLI
LODO

NARRATIVA

DERECHOS RESERVADOS

© 2018 Guillermo Fadanelli
© 2020 Avenida Patriotismo 165,
Colonia Escandón II Sección,
Delegación Miguel Hidalgo,
Ciudad de México,
C.P. 11800
RFC: AED140909BPA

www.facebook.com/editorialalmadía
@Almadía_Edit

Edición digital: agosto de 2020

ISBN: 978-607-8667-89-5

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.



Almadía

A Yolanda Martínez

La única finalidad del moralista
es escribir una nueva Biblia.

BENITO TORRENTERA

I

No es que las mujeres hubieran dejado de interesarme. El motivo de mis tribulaciones se relacionaba más bien con lo contrario: las mujeres continuaban seduciéndome, pero yo había dejado de interesarles. ¿Por qué? Las razones son las mismas a las que uno acude cuando se niega a comerse una manzana algo podrida. No tiene caso detenerse en explicaciones pues, en mi caso, aun siendo esta una novela, saltan a la vista. Veinte años de frustraciones lo convierten a uno en un viejo prematuro. Prematuro no. A los cincuenta ya se es un viejo, un anciano sin adjetivos. Una mañana me paré frente al espejo y me di cuenta de que la noche anterior había sido elegida para cobrarme la cuenta. A todos nos llega la hora y la temida imagen del otro, del ser deforme, agazapado, escondido dentro de uno, aparece de golpe, sin preámbulos ni muletillas, sin tartamudeos que nos prevengan de lo dura que será la caída. En una sola noche la vida, cuya costumbre había sido olvidarse del agotado profesor universitario, lo visitó en su habitación para arrebatarse de un zarpazo su dignidad física. Cobró una deuda que durante tantos años yo le había escatimado. Llegó y amanecí nervioso, dotado de una ligera papada de sapo y sin cabello para cubrirme la frente. A los cuarenta y nueve era ya un sexagenario medio indecente y ninguna mujer ponía los ojos en mí a no ser para pedirme el asiento en el autobús. Es falso que uno se pudra lentamente, lo haces de cuatro o cinco golpes que además siempre te sorprenden. Durante meses tu rostro se conserva inmutable, estático, incluso más rejuvenecido. De pronto, a las siete de la mañana de un seis de mayo la cera se derrite, la piel se abulta, los dientes saltan de su lugar, la espalda se vence y tus muslos comienzan a arquearse como

dos agrias sonrisas. Hablando con la verdad, cuando se es joven uno jamás piensa en la posibilidad de dejar de gustarle a las mujeres. Uno cree que lo masculino se sobrepondrá a los años y que siempre existirá una mujer capaz de reconocer esa masculinidad oculta bajo tantas arrugas, opacada por el centelleante manto de una calva obscena. No es así. En cuanto te precipitas en los cincuenta comienzas también a presentir que el sexo tiene un fin, y lo que es peor, lo que en términos de humanidad resulta absolutamente incorrecto: te enteras de que serás testigo de tu propio derrumbe: ¡invitado a tu propia muerte!

No creo, sin embargo, que sea necesario dramatizar. En lo que a mí concierne no tengo inconveniente en dejar esta vida, siempre que sea sin molestar a los vecinos. En el Fedón se lee que hacer filosofía es practicar el estar muerto. Si bien yo no soy un filósofo sino un profesor -no humilde, pero sí común-, algo de esta platónica frase debe incumbirme. Lo que no deja de causarme desazón, como ya dije antes, es ser testigo de cómo mis órganos van dejando de oponer resistencia al tiempo. Los filósofos saben que entre más sabios sean menos temerán a la muerte, pero en realidad no son más que viejos cobardes buscando desesperados una puerta de emergencia. Sus argumentos son eufemismos propios de la vejez: aspirinas. En cambio, cuando uno es joven sabe que cualquier dolor será pasajero, o al menos habrá tiempo suficiente para hacerlo desaparecer. ¿Cuántas veces siendo un mozalbete no me rompí los huesos haciendo alguna pirueta innecesaria? Era temerario porque sabía que a más tardar en un par de meses recuperaría de nuevo el esqueleto. Por el contrario, a los cuarenta y nueve, has aprendido la lección y sabes muy bien que cualquier dolor, por muy leve que sea, tendrá la suficiente confianza para almacenarse en tu cuerpo por el resto de tus días; sí, como una verruga dolorosa e incómoda. Lo más ingrato, empero, no es el hecho de que a esta edad el cuerpo se convierta en una bodega de

pequeños dolores, sino que todavía se tiene un poco de fuerza para correr tras las mujeres. Sé muy bien que la romántica figura del conquistador ya no seduce a nadie. Mucho menos a mí. Si algo me jode el ánimo es la imagen de un conquistador arrebatándome a la mujer a quien me costó dos años convencer de que era yo un hombre de cierta valía. El conquistador destruye en segundos lo que un hombre sin gracia construye en años. Si estuviera en mis manos les daría el mismo castigo a los violadores que a los conquistadores. Ambos se parecen, ambos son ultrajadores de mujeres. La diferencia consiste en que uno se vale de la fuerza y el otro de sus atributos. Estas palabras, como es evidente, son más producto del odio que me despiertan los casanovas que de la inteligencia. Nunca he sido un hombre atractivo, ni siquiera un *hombre interesante* -figura que poseen los hombres de aspecto desagradable para infundirse ánimos. Durante un tiempo pensé que el hombre interesante podía competir hombro con hombro con el hombre bien parecido, e incluso superarlo. El hombre interesante lo es toda su vida, en cambio el otro es potencialmente una flor marchita que inspira tristeza, compasión. No cabe duda de que en mi caso la fealdad me llevó a estudiar filosofía y a inscribirme en varios seminarios una vez concluida la licenciatura. Cuántos feos van por el mundo haciéndose los inteligentes. Todos conocemos a uno y lo odiamos, pues no se nos escapa que, de haber sido un hombre apuesto, tal vez habría sido dentista o diseñador de muebles. Todo lo contrario sucede en lo referente al dinero. Los filósofos no deben ser hombres pobres, sino acaudalados, como Wittgenstein, o cortesanos como Séneca, Hume o Descartes. Si no se tiene un peso en el bolsillo es más conveniente estudiar cualquier carrera técnica -como si hoy la filosofía no fuera también una carrera técnica- y comenzar a trepar a costa de los demás. A los pobres sólo les resta dedicarse a los negocios e intentar acumular jugosas cantidades para el disfrute de su

descendencia. Para ello, los liberales cuentan con una engañosa regla de oro: comienza apretando tuercas y con tesón terminarás siendo el hombre más rico de tu pueblo.

II

El lugar desde donde escribo este mamotreto no es estimulante, por lo tanto mis juicios llevarán siempre la huella de haberse construido *a posteriori* y con el espíritu en los suelos. Cualquiera se preguntará si este será en adelante el tono de la historia. ¿Una melopea quejumbrosa incapaz de conmover a nadie? ¿O es un método? Tengo la costumbre de comenzar cualquier conversación con una queja acerca de mí mismo. Es como la muletilla que los viejos zorros aplican sin discriminación para conquistar a mujeres más jóvenes. A su edad están muy bien enterados de que es mejor un lugar común en el momento adecuado que la espontaneidad manifestada en un mal momento.

Antes de meterme en honduras sentimentales es conveniente hacer una descripción de mí mismo. No comenzaré por los datos triviales como el nombre o el oficio, sino por los accidentes que, según yo, marcan realmente a un hombre. Me refiero a la estatura, las enfermedades y el grado de barbarie. En lo referente a lo primero, mido un metro con ochenta centímetros, hecho que me hace sentirme bien, pues he visto los caracteres más aberrantes y las personalidades más detestables encarnados en cuerpos de escasa estatura. No daré ejemplos históricos porque cada uno en su experiencia particular conoce a un enano que le ha envilecido el alma. En lo que respecta a mi grado de barbarie he procurado atenuarlo leyendo libros, viajando un poco y estudiando filosofía. Cualquiera que se sienta atraído por esta disciplina sabrá que entre más libros lee uno peor se siente entre sus vecinos. Mientras más lees te percatas con mayor claridad de la estupidez de los otros: te *tornas* agresivo, extraño y desembocas tú mismo en la imbecilidad. Lunático, raro, mamón, pedante, extraño son

algunos de los adjetivos preferidos de los vecinos para referirse a mi persona. ¿Cómo lo sé? Alguna vez los he escuchado por allí murmurando en los pasillos. De mis enfermedades hay poco que decir. Jamás he tenido una dolencia de reconocida jerarquía, acaso una o dos gonorreas, dolores de oído, fracturas leves y una tortícolis que me duró más de un mes. Mi vida no ha corrido peligro. Tampoco he sido afectado por un sufrimiento estéril y lento como almorranas, o úlcera en el estómago. No ser afectado por enfermedades de esta naturaleza contribuye a hacer mi sensibilidad más pobre. Como no estoy enfermo doy por un hecho que el mundo no me es hostil y que la muerte se encuentra siempre lejana, lo que redundaba en la atrofia o anquilosis de mis sentidos. En cuanto a los datos triviales acerca de mí mismo, que son muchos y dependen de la capacidad taxonómica de quien los enumere, es posible reducirlos a unas cuantas referencias. El nombre me lo endilgó mi padre, quien siempre se opuso a la voluntad de su esposa. Mi madre deseaba llamarme Eduardo, nombre de su único hermano, muerto a causa del alcoholismo. Mi tío se entregó a los placeres del alcohol cuando se enteró de que su mujer lo engañaba con otro hombre. Cuántas vidas se salvarían si aceptáramos como un destino la infidelidad. Si en el momento de relacionarte con cualquier mujer aceptaras también a sus posibles amantes -es decir: ¡al resto de la humanidad!-, te harías inmune al desengaño. Sí, es la opinión de un soltero, pero no deja de ser sensata. Me habría gustado llamarme Eduardo en homenaje a un alcohólico. En realidad mi tío fue el único miembro de la familia que sobresalió en algo. Durante las comidas el tema recurrente fue el alcoholismo del tío Eduardo, y eso para un niño que escuchaba atentamente la conversación de sus mayores significaba, por supuesto, la fama. Pero no fue posible bautizarme con ese nombre, y en noviembre de 1953 en un juzgado de la Ciudad de México, el nombre de Benito Torrentera fue estampado en mi acta de nacimiento.

No me imagino el tipo de símiles que despierta en la mente semejante apelativo. Por mi parte, creo que de ninguna manera se trata del nombre más adecuado para un filósofo, al contrario, es más apropiado para un médico de pueblo o un policía auxiliar. En el nombre trae uno la suerte y nadie que escuchara disertar a Benito Torrentera acerca de Schopenhauer podría tomárselo en serio. Qué más habría deseado que llamarme Guillermo de Champeaux o Juan de Salisbury, pero no moveré un dedo para cambiar de nombre porque a nadie en la comunidad universitaria le importa un carajo mi apellido, y menos tratándose de un profesor que por lo regular no suele destacar en nada. Durante mi adolescencia asistí a una escuela militar de miserable nivel académico. La escuela fue elegida por mi padre, incapaz de prevenir el impacto que tendría su decisión en mi futuro. El hecho de que mis estudios se hallaran ligados al ejercicio militar dejó en mí una profunda huella. Tanto que en muchas ocasiones me vi obligado a defender mis ideas a golpes. Aprendí muy poco de matemáticas, seguí siendo atorrante en inglés, jamás enderecé mi espalda y mucho menos logré adaptarme a la disciplina militar, hecho que me acarreó fuertes castigos. En relación con las matemáticas mis ideas guardan alguna similitud con las de Hegel, aunque entonces no tenía la menor idea de quién había sido este hombre. El movimiento de la demostración matemática no forma parte de lo que es el objeto, sino que es exterior a la cosa. Esta afirmación significa en realidad algo muy sencillo: las matemáticas son, por constitución, superficiales. Fueron tres años de secundaria tirados a la basura, realizando todos los días honores a la bandera, aprendiendo de memoria las diferencias entre una formación en escuadra y una en batería. Así es: me avergüenza confesar que mi libro de cabecera en la secundaria fue *El pelotón y el soldado*. No olvido esas largas noches limpiando -franela y pomada acerada en mano- los escudos de mi uniforme, las escarapelas, las agujas, las

hebillas. ¿Por qué razón un niño debe gastar su tiempo aceitando un mosquetón yerto que debió matar a más de uno en la época de la Revolución? En cuanto fui capaz de tomar decisiones cambié de colegio y, pese a que mi inglés no progresó, pude dedicar más tiempo a la vagancia o a la lectura de libros. ¿Qué leí en ese tiempo? Algunas homilias de San Juan Crisóstomo, cuyos tres volúmenes de la traducción directa del griego guardaba mi padre en su librero. Que me conmoviera con los discursos del santo prueba lo susceptible que era yo a ser educado, mas no convertido a la fe cristiana. Leía a Crisóstomo con atención, como se lee a un moralista capaz de darte un par de buenos consejos: “No tengas respetos que sean en perjuicio de tu alma.” Durante el último año de la preparatoria comencé a leer novelas e intenté adquirir todas las obras de las que hablaba mal mi profesor de literatura -que además no eran pocas. A finales de los años sesenta la lectura guardaba todavía algo de importancia. Los estudiantes creíamos que leer libros nos transformaría en hombres cultos. Más tarde, cuando entré a la universidad, me di cuenta de que siempre sería un mediocre y que mi inglés nunca saldría del hoyo en el que se encontraba atascado. Jamás podría elaborar ninguna clase de sistema más o menos original como para ser tomado en cuenta por los círculos filosóficos importantes, ni tampoco lograría ser un escritor de cierta fama. Si el novelista tiene conocimientos de filosofía y utiliza este saber para crear ficciones, termina haciendo ensayos que parecen novelas, lo que jamás pasará inadvertido para un lector sagaz. Me había convencido de que uno sólo puede estudiar filosofía por puro amor al conocimiento. Esta cursilería se comprende porque tenía veinte años y a esa edad se puede creer casi en cualquier cosa. Abriré un paréntesis para subrayar algo de cierta importancia: la época más ominosa de mi vida fue la adolescencia. Los arrebatos más ridículos e infames que acompañan al deseo de ser alguien, hicieron de mi primera

juventud un asunto bochornoso. No entiendo cómo no fui expulsado de mi casa e internado en un colegio militar en provincia. Incluso en las manadas de macacos y babuinos – según me han explicado mis alumnos, ahora tan interesados en la bioantropología–, los adolescentes son alejados del grupo central y lanzados a la periferia por los macacos adultos. La razón es que al no ser niños ni adultos carecen de un papel definido dentro de su comunidad. Odio al adolescente que fui y compadezco a todos aquellos que hayan tenido la desgracia de tratarme, excepto a mi hermano Esteban, cuya adolescencia yo me vi obligado también a sufrir. Las secuelas de un periodo tan ingrato fueron las esperadas. A esa edad debería prohibírse nos tomar decisiones. Deberían confinarnos a campos de concentración. Elegí una carrera universitaria como destino y obtuve un título con una tesis poco filosófica aunque muy literaria. Esta tesis me valió suspiros de algunos ignorantes así como sonrisas compasivas por parte de los eruditos. Carajo, cómo he logrado soportar a lo largo de mi vida universitaria ese tipo de sonrisas eruditas que en ocasiones sólo esconden ignorancia. Después vinieron diversos empleos. El primero como profesor en una preparatoria privada en donde jamás encontré un solo alumno cerebrado; el segundo como director de una pequeña biblioteca pública cuyos estantes parecían encías a medio desdentar; el tercero desempeñando el cargo de profesor universitario. No me ufano de haber conciliado estos empleos con mi afición al alcohol. Nada más fácil para un bebedor joven. Antes de los cuarenta uno puede correr el maratón con un gramo de cocaína en las venas y después ir a tomar el té. De todas maneras, nunca fui un bebedor excepcional. Fui un ebrio común y poco glamuroso, uno que pegaba sus labios a la anforita de plata cada dos horas y dormía semiborracho en la madrugada. En mi puesto académico es fácil pudrirse décadas sin llegar a tener una noción cabal de ello. Con este oficio en la espalda arribé de

súbito a los cuarenta años. A esta edad me di cuenta de que no tenía mujer ni dinero suficiente para comprarme un departamento y cerrar el círculo de una vida prescindible. Pagaba rentas, leía libros y de vez en cuando me metía a algún burdel más o menos barato en el que siempre terminaba encariñándome con una puta a la que dejaba propinas innecesarias. El idealista lo es de nacimiento y su vida, como en mi caso, se gasta en ocultarlo. Matar al idealista que uno lleva dentro, someterlo a torturas variadas son obligaciones que contrae cualquier hombre interesado en el conocimiento. Después de vivir décadas instalado en mi puesto académico, me dio por escribir ensayos para revistas especializadas e invitar a las putas a vivir una o dos semanas en mi departamento: esto no debe causar sorpresa porque de una cosa a otra sólo hay un paso. Acostumbraba preparar el desayuno a mis ocasionales invitadas -las torrijas y la tortilla española siempre que su diámetro no sobrepase los veinticinco centímetros me quedan bien, además de que ambos son platillos baratos. También las hacía escuchar música de Silvestre Revueltas. Parece un acto estrafalario, pero las suripantas sabían apreciar su música. Sin necesidad de que ningún conocedor se pusiera a darles explicaciones percibían sus cambios de ánimo, su tortuosidad, su alegría repentina. Puedo asegurar que Revueltas conocía muy bien el negocio de los burdeles. ¿Por qué razón obligaba a una prostituta a escuchar a Revueltas? No era un perverso ni un enfermo mental. La respuesta es que me hallaba muy solo. Así que si alguna de las putas pernoctaba en mi casa se lo agradecía colmándola de atenciones. Jamás hice con ellas nada verdaderamente obsceno. Me colocaba entre sus piernas, revoloteaba mi cuerpo, jadeaba un poco y les gritaba alguna majadería al oído: "Cerda, jamás vas a salir del lodo". Cuántos profesores de filosofía deben hacer algo parecido después de leer algún capítulo de un libro de García Bacca. Pasados los cuarenta y cinco me olvidé de esas prácticas. Nunca volví a

invitar a nadie a mi domicilio que ya desde entonces se encontraba en la colonia Roma. Hoy, desde esta crujía nauseabunda recuerdo mi viejo hogar como un paraíso. Es un departamento con dos recámaras, una estancia y una terraza diminuta en donde desayunaba los domingos mientras leía lo redactado la noche del día anterior. Tanto la estancia como las recámaras tienen piso de madera, así como discretas figuras de yesería en las impostas y en las salidas eléctricas. El baño conserva todavía una tina original de escasa profundidad. El edificio que alberga mi departamento debió ser construido en los años treinta, a juzgar por la decoración de su fachada. Si bien se encuentra mal conservado, posee todos los rasgos del estilo de las primeras décadas del siglo pasado: su entrada es un arco que va degradándose en otros más suaves y que culmina en una puerta de madera. Flanqueando la puerta están dos lámparas que ahora ya no funcionan pero que durante varias décadas fueron símbolo del progreso. En la fachada sobresale un rodapié de granito y en el entrecalle principal una oxidada estructura metálica que debió sostener un vitral. Un edificio del que no me siento en particular orgulloso. ¿Cómo voy a sentirme orgulloso si no es de mi propiedad y durante muchos años fui esclavo de una renta mensual? La decoración de mi departamento es corriente. Se reduce a tres tipos de objetos: libros, pinturas y muebles colocados sin gracia. Nada digno de ufanarse. No son pinturas valiosas ni muebles heredados ni ejemplares que un bibliófilo pudiera envidiar. Puedo gastar horas describiendo mis libros, pero lo evitaré. Para ser sinceros, no cultivo gran amor por el libro como objeto. Siempre que me entran deseos de ampliar mi colección me contengo imaginándome la siguiente mudanza. Nada tan triste como el ver a un viejo profesor de filosofía cargando cajas de cartón con los restos de una afición cada vez más anacrónica. Los únicos ejemplares que me esmero en conservar son de filosofía pues, para decirlo de un modo

dramático, son mis instrumentos de trabajo. Esto último sólo a medias. Ya en alguna ocasión me he descubierto regalando libros a mis alumnas, esperando que ellas tengan deseos de corresponderme dándome su cuerpo. Nunca ha sucedido así. Por lo regular no vuelvo a ver a la alumna ni el libro. Así perdí mis *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein y también *El pensamiento en la Edad Media* de Paul Vignaux. El primero fue para una jovencita de caderas anchas y ropa ajustada que desertó de la carrera en el tercer semestre. El libro de Vignaux lo obsequié a una profesora de pedagogía de muslos colosales que había tenido la desgracia de procrear un hijo con síndrome de Down. No obstante su desgraciada maternidad, poseía unos muslos colosales. Mi recompensa fue una cena sin sexo durante la cual el engendro se solazó brincando en mis rodillas. En mi casa los muebles han sido siempre desechables y regularmente los abandono en cuanto me mudo de departamento, hecho que no ha impedido que con los años me haga de algunas piezas perdurables como lo son un trinchador de madera de cedro, un tapete turco, regalo de mi hermano Esteban, un tabor de cerámica Capello y una vajilla de mayólica. Además de estos objetos sólo mi refrigerador, una estufa de cuatro hornillas, una televisión Toshiba, mi computadora 386 en la que escribo desde hace más de diez años y mi cama con cabecera de latón me acompañan a la nueva casa. Todo lo demás se va directamente a la basura. De los cuadros colgados en las paredes sólo valen la pena dos, uno conseguido en el mercado de La Lagunilla en cuyo lienzo una mujer mira un puente denotando cierta nostalgia y otro que me dieron en pago por un artículo acerca de Antonio Caso, el filósofo mexicano de cabeza más grande. El ensayo no era muy bueno, pero como hoy en día a nadie le importa ni sabe nada de Antonio Caso, les resultó *sumamente* interesante. Mi sueldo, se da por sentado, siempre ha sido mediocre, apenas el suficiente para un par de lujos a lo largo del mes.

Durante mucho tiempo estos lujos se redujeron esencialmente a dos cosas: putas y brandy español. Y si a raíz de la llegada de un gasto inesperado me veía en la encrucijada de elegir entre estas dos opciones, me inclinaba por el brandy. Cuántas veces entrada la madrugada, después de beberme media botella de Torres, no me masturbé pensando en la puta que mi sueldo universitario no había logrado costearme. Todos sabemos lo que es capaz de hacer el brandy en una persona sensible, y más si esta, como es mi caso, vive en la soledad. Por fortuna abandoné aquellas costumbres y en los dos últimos años he preferido leer y beber sin que ambas actividades me hayan hecho ni inteligente ni borracho. Y en esto quisiera ser muy claro: siempre he sido un hombre de mediana inteligencia, incapaz de llevar ningún vicio hasta el extremo: soy en general un hombre mediocre y no me da pena confesarlo. No soy inteligente ni vicioso. Lo sé porque puedo compararme con otros hombres. Tampoco necesito exacerbar mis sufrimientos o mis pasiones para alcanzar la lucidez del místico. Mis pasiones siempre han adolecido de anemia, tibias hasta el día en que Flor Eduarda se presentó en mi vida y entonces todo cambió. Era de esperarse que en esta crónica apareciera una mujer. Es difícil evitarlas porque representan la mitad de la humanidad. Me imagino que deben existir miles más perversas o conflictivas que Eduarda, pero eso me tiene sin cuidado. Uno se cuida de los criminales que viven cerca, no de quienes viven en otro continente. Si esta mujer no se hubiera atravesado en mi camino dudo mucho que escribiera estas hojas. Sin ella mi vida habría sido tan anodina como una cáscara de plátano.

III

Tengo la impresión de que si no explico por qué me enquisté en la docencia, esta historia quedará truncada. Conozco bien las razones que he tenido para cultivar una vida apacible, pero en cuanto paso a explicar tales razones, me veo redactando un tratado moral previsible. Como se sabe, el único fin de un moralista es escribir una nueva Biblia. Escribir nuestra modesta Biblia para embarrársela en las narices a los demás. Cuando tenía veinte años me di a la tarea de contestarme algunas preguntas que yo mismo elaboré. A la pregunta de si me gustaba el dinero respondí negativamente. A la pregunta de si quería ser un artista maldito respondí que no. Al cuestionamiento de si deseaba ser un hombre apreciado por mi comunidad respondí que me importaba un pito. Resumiendo: ¿Estaba dispuesto a participar en el progreso de la cultura o el conocimiento humano? No! ¡Ni madres! ¡Que le den por el culo al progreso humano! ¿Qué podía hacer entonces sino dedicarme a ser un profesor de filosofía que ganaba cincuenta pesos por hora de clase? De entrada di por descontado hacerme de un disfraz moral o histórico para impresionar a mis contemporáneos: ni punk, ni anarquista, ni nada por el estilo. En cambio, pasar inadvertido me pareció un acto apropiado a mi temperamento. No tenía necesidad de sufrir ni de esconder mi inteligencia, pues, como dije antes, ella se escondía por sí misma y sólo daba la cara en situaciones excepcionales. Estoy consciente de que hacerme aquellas preguntas de viejo siendo tan joven determinaron el resto de mis días. Después de cierto tiempo metido en la enseñanza de la filosofía uno termina por detestar a Sócrates y sospechar que tras su duda sistemática se esconden argumentos vacíos: uno duda

dudar. Si la filosofía debe pertenecer a la academia –es decir a un conjunto de técnicos con bata blanca dando vida a fetos denominados conceptos– o a los menesterosos o legos, es una pregunta que me hice a lo largo de los cursos que impartí en la universidad. Nunca pude responderla porque la pregunta estaba mal planteada. Hoy que estoy en condiciones de expresarla de un modo más adecuado, la respuesta ya no me interesa. Ahora bien, esta falta de interés no quiere decir que no esté absolutamente seguro de que el futuro de la filosofía se encuentra lejos, muy lejos, de la universidad.

Sé que el tono escogido para narrar esta historia debe parecer solemne y acartonado, sin embargo no debe olvidarse a qué he dedicado los últimos veinte años de mi vida. Si mi escritura está impregnada de un tono pedante, si mi verborrea se vanagloria de ser reflexiva, no es culpa mía sino de mi trabajo: “Como no podemos hacer de las condiciones particulares de la sensibilidad condiciones de la posibilidad de las cosas, sino sólo de sus fenómenos, podemos entonces decir que el espacio comprende todas esas cosas que se aparecen en nuestro exterior, aunque no todas las cosas en sí mismas, sean estas o no intuitas”. Luego de leer la *Crítica de la razón pura* –aunque sin comprenderla– y de consumir como un empirista desesperado el *Tratado de la naturaleza humana*, mi lenguaje dejó de ser el mismo. Pongo un ejemplo. Cuando tenía catorce años me dio por trabajar en uno de los pocos establos que aún funcionaban al sur de la ciudad. A pesar de que renuncié a mi trabajo cuatro días después de haber comenzado, tardé muchos más en liberarme de ese tufo a mierda de vaca untado en mis manos. El haber estado en contacto con esos animales modificó el olor de mi piel. De la misma manera, la lectura de filosofía te deja un olor de animal bondadoso del que es muy difícil desprenderse. Ni usando jabón de pastilla ni detergente es posible recuperar tu olor original. Carajo.

Es un buen momento para referirme a ella. Su nombre es Eduarda y acaba de cumplir veintiún años. La conocí una tarde de hace apenas cuatro meses cuando el peso se devaluó un veinte por ciento frente al dólar y los periódicos vespertinos inflamaban sus titulares con gritos de terror. La gente corriente le dedicaba gran parte de su conversación a la devaluación y a la inevitable alza de los precios. Mi experiencia no me ha engañado: en cuanto un político echa las campanas al vuelo afirmando que las finanzas de nuestro país se encuentran en inmejorables condiciones, hay que prepararse para ser más pobres. A cada anuncio de bienaventuranza sigue una cadena de catástrofes que nos vuelven aún más miserables. Por lo tanto, la devaluación no me tomó por sorpresa y dejé de preocuparme. Los precios subirían y me vería empujado a abandonar algunos lujos. No compraría el periódico más que cada tercer día, no acompañaría mis alimentos con vino, sino con agua fresca, y dejaría de caminar grandes distancias para evitar que la suela de mis zapatos se consumiera en vano. Lo del vino no es una pedantería sino una costumbre, quiero decir que cuando tenía veintitantos fue una pedantería porque en realidad yo prefería acompañar mi comida con aguas de sabores o refresco, pero han pasado ya veinte años desde entonces y acompañar la comida con vino se ha vuelto una costumbre. Siempre vino tinto y de preferencia español, no tanto porque sea yo capaz de catar el brebaje ni de encontrar diferencias entre una cosecha y otra. La razón es más simple: durante los últimos años los vinos de Navarra han entrado a México a muy buen precio, ¿por qué?, no voy a averiguarlo. En cuanto a la comida siempre he sido algo exigente, pero el haber vivido en la soledad durante mi edad adulta ha relajado mis costumbres: ahora me conformo con cualquier cosa. Por lo regular voy a la mesa una vez al día y mis platillos son bastante corrientes. Cocinar requiere mucho tiempo y una delicadeza ajena a mi temperamento. A despecho de mis actividades como

profesor de filosofía, soy por lo general un hombre rudo: no me veo destallando la flor de calabaza ni quitándole la piel a los champiñones. He llegado a la conclusión de que en ocasiones es mejor arreglar las diferencias a golpes y de que ningún argumento, por bueno o simple que sea, encuentra tierra de cultivo en la mente de un estúpido. A cuántos de mis alumnos hubiera deseado darles de patadas en el trasero luego de una amistosa conversación. Para su fortuna me detuve pensando en mis honorarios universitarios: cincuenta pesos por impartir sesenta minutos de clase. Los más cretinos resultaban ser mis alumnos positivistas. Ellos insistían en la posibilidad de la filosofía como ciencia. Sus argumentos analíticos no permitían ninguna proposición que no se ciñera a los postulados de la lógica formal. Aclaro lo siguiente: la asignatura de la que soy titular tiene objetivos mucho más técnicos, empero, nunca me he resignado a detenerme en los ladrillos cuando puedo hablar del edificio entero. La filosofía es metafísica o es una simple colección de sellos, de modo que acostumbro saltarme todos los puntos del programa y me siento cómodamente en mi silla de profesor a especular acerca de los mismos problemas de siempre. Estamos tan mareados por los solipsismos del círculo de Viena y sus descendientes que no podemos ver más allá. Pero no deseo aburrir a nadie con estas divagaciones, si he mencionado la devaluación o el vino ha sido porque el día del hundimiento del peso conocí a Eduarda. Ese día me levanté más tarde que de costumbre y decidí pasarme unas horas en la tina del baño. A las cuatro de la tarde, con la toalla anudada en la cintura, fui a la nevera en busca de alimentos. Nunca el refrigerador había estado tan vacío. No tenía yo humor para ir al mercado, volver y preparar buena comida. Tampoco pediría una pizza de aceitunas, mi favorita. A pesar de que cada día las ofertas resultaban más atractivas, nunca logré comerme una pizza cuyo precio fuera más bajo del que yo cobraba por una hora de clase. Sólo una vez conseguí una pizza de

jalapeños por cuarenta y nueve pesos. Una hora de discernir acerca de filosofía moral equivalía en el mercado a una pizza de chiles verdes: ¡pinche libre mercado!

Mi departamento está en la calle de Veracruz en la colonia Roma. Veracruz es una calle de camellón ancho que tiene como extremos el Parque España y la estación del metro Chapultepec. En vista de que a dos cuadras de mi casa se encuentra un Seven Eleven, decidí comprar una sopa instantánea y una lata de sardinas. Después de todo, había abandonado la costumbre del vino cotidiano y ello me empujaba sin remedio al *fast food*. Sé de algunos fanáticos del arte que cuando comen una hamburguesa o un hot dog creen que le rinden tributo a Andy Warhol. No es mi caso. Aunque me vea pedante diré que el *fast food* es una maldición para aquellos que, como yo, hemos estado acostumbrados a la buena comida. El paso indiscriminado de la clientela, las suelas enlodadas de sus zapatos y el merodeo de los perros opacaban el piso del minisúper. En el cesto de los periódicos había un ejemplar maltratado de *El Universal* y uno del *Reforma* al que le habían extraído la sección deportiva. Al fondo del establecimiento, cuya estancia no mediría más de ocho metros, un joven titubeaba entre llevar una cerveza Tecate o una caguama no retornable. Indeciso abría y cerraba el congelador. Uno de los encargados, joven, con piel de bacalao, intentaba limpiar con una franela el horno en el que los clientes echaban a andar sus perros calientes o sus sopas precocidas. La encargada del mostrador se encontraba de espaldas escribiendo garabatos en una hoja de papel. No sé por qué razón, imaginé que la tienda podía ser asaltada con éxito. Cualquier mequetrefe armado de una pistola de agua podía someter a aquellos pacíficos jovenzuelos. El mandil rojo de la encargada ocultaba a medias su cuerpo, pero dejaba ver unas piernas hermosas, aparentemente recién bronceadas, y unos brazos delgados y firmes. Ignoro las razones, pero la piel bronceada me parece en exceso animal. Si me fuera

posible mantendría a las mujeres alejadas del sol. Mataría con tal de hacerle el amor a una flaca pálida con nalgas color de leche. Observé las piernas de la empleada. Eran sin duda unas piernas estúpidas. Lo eran porque mostraban su función sin prejuicios: extremidades, ancas en reposo. En espera de ser atendido escudriñé también las botellas de alcohol que hacían fila en una porción de la pared e hice las cuentas necesarias para cerciorarme de si era posible comprar una botella de brandy. El resultado fue contundente: tendría que conformarme con la sopa Maruchan y acaso un par de cervezas. ¡Cervezas! Como si no fuera suficiente la irreversible degradación de mi cuerpo: pizzas, cerveza, sopa Maruchan, perros calientes, ¿de la mente de qué degenerado habrá salido un menú semejante? Comprendí entonces al muchachito que, ensimismado, continuaba en el fondo dudando acerca de su elección. Todos en esta ciudad estamos haciendo cuentas la mayor parte del tiempo. Cada vez que compramos un chicle desencadenamos un kilómetro de sumas y restas que a su vez desemboca sin remedio en un cero dramático, en números rojos o en la necesidad de pedir prestado e incluso robar. ¿Para qué tanto sumar si estamos jodidos? La empleada, ignorándome, continuaba garabateando en un papel. Era Eduarda. Le vi la cara por primera vez cuando volteó para hurgar en mi persona con cierto disgusto, un rostro simple, de belleza disimulada, de nariz delicada y pómulos no muy prominentes. Después me enteraría de que tanto ella como yo y el imbécil que miraba las cervezas ocupábamos nuestra mente haciendo sumas. La empleada me observaba sin curiosidad esperando a que le solicitara la mercancía. Yo, la boca cerrada, aguardaba a ser interrogado acerca de mis deseos: el maldito protocolo al que debes someterte aun si compras una zanahoria. A diferencia de la mayoría de la gente, que muestra cierto grado de superioridad frente al empleado que les sonrío, yo tengo la sensación de que, sin excepción, se me está haciendo un

favor. No importa qué cantidad de bienes desembolse para comprar tal cosa o recibir tal servicio, siempre creo que están haciéndome un favor. Eduarda era una empleada majadera y lo que habría podido resolverse en un sencillo intercambio de palabras se transformó en un duelo. Por lo general no me interesa probar que soy más inteligente que otra persona, no obstante mi imagen provoca en el contrario la certeza absoluta de que en un duelo de cualquier clase será él quien obtendrá la victoria. Las discusiones no tienen sentido, ni en la filosofía ni en el supermercado. Allí donde uno ve negro y liso otro mira blanco y accidentado. Algo similar sucede también entre un tendero y su cliente. Si otro, cualquiera, resulta ser más talentoso que Benito Torrentera, no tendrá nada de meritorio. Uno jamás sabe en dónde caerá el polen de la inteligencia. Las patas de la abeja pueden fecundar la cabeza más extravagante. No podemos reprocharle al azar su estúpida naturaleza: ¿a quién elegirá en esta ocasión para hacerlo el más brillante de la tribu? A uno, cualquiera. ¿Qué más da? ¿Por qué ufanarse de que la abeja ha posado sus patas encima de tu cabeza? A estas alturas no me conmueve si los alumnos desean o no inscribirse a mis clases. Entiendo a un Schopenhauer estremecido al observar a sus alumnos correr hacia el aula de Hegel, pero en mi caso sólo espero que los cincuenta pesos de mis honorarios me sean entregados, haya o no alumnos en los pupitres. Es comprensible entonces que uno de los episodios más gratos de mi vida como profesor haya sido un lunes de hace tres años cuando ninguno de mis alumnos se presentó a la clase. Respiré liberado y pinté con el gis una enorme verga en el pizarrón. Nunca volví a tener una sensación tan agradable como la de aquella mañana. Tampoco me ruboriza el dedicarme a defender ideas anticuadas, uno defiende el contenido de su refrigerador por miserable que sea. Es posible hacer un manjar con tomate, tocino y escasos condimentos. Tengo la noción de que las

ideas se toman varios siglos para desplazarse un centímetro, de forma similar a las montañas que ganan o pierden peso sólo cuando han transcurrido varios milenios. Por lo tanto, si uno piensa que el profesor vecino se ha movido un centímetro hacia adelante debe celebrarlo.

Eduarda y yo escudriñamos nuestros ojos interminables segundos, yo curioso, ella altanera: el primero en abrir la boca perdería el duelo y sería tratado con desprecio por el adversario. Sus ojos revelaban un brillo maligno, normal en quien está acostumbrado a dominar a los otros. Algo en esas pupilas invocaba lo más testarudo de la naturaleza. Para fortuna de hombres como yo, amantes de cuerpos estilizados, los senos de Eduarda ya no crecerían más. Ahora, cuando recuerdo ese primer encuentro, saco a colación que no reparé en su extrema juventud. Y no lo hice porque desde hace algunos años considero a la inmensa mayoría de personas en esta tierra menores que yo. Gracias a mi condición de adulto envejecido tomé la responsabilidad de poner fin a ese absurdo duelo. Le extendí un billete de cincuenta pesos y solicité mi vasito de sopa. La empleada encontró en el billete una oportunidad para incomodarme. Me preguntó si podía entregarle la cantidad exacta, pues acababan de retirar el dinero de caja. “Se lo llevan todo, como si fuera a robarles.” Su voz era grave, pero muy femenina. Ahora en mi encierro, cuando rememoro el episodio vuelvo a concluir que Eduarda no me impresionó en absoluto. No me causó ninguna impresión fuera de lo común. Aunque tal vez me sorprendió el hecho de que su presencia, su concreta anatomía me fuera tan familiar, como si segundos antes hubiéramos compartido la misma almohada. No entiendo cómo no me fijé en sus hombros redondeados o en sus dedos largos que tanto daño me harían más adelante. Al dar por sentado que ninguna mujer se fijaría en mí, trataba de corresponderles con la misma moneda. Procuraba no reparar demasiado en estas “bestias curiosas”, como gustaba llamarlas Nietzsche. Ojalá nadie

cometa el disparate de llamarme misógino. Yo no albergo ninguna animadversión especial en contra de las mujeres. No sería tampoco capaz de añadir nada interesante acerca del género femenino. Sólo les temo porque conozco el daño que son capaces de hacerme. En mi afirmación no hay trampa. ¿Se puede culpar al cervato de temerle al lobo? No. La naturaleza suele entregar mayor poder a unos que a otros y en ocasiones las leyes civiles no son suficientes para establecer el equilibrio entre poderes dispares. Miedo en lugar de odio, eso es. Eduarda percibió ese miedo desde nuestro primer encuentro y a causa de ello mantuvo hacia mí una actitud de fiera perdonavidas.

“Entonces me quedaré sin comer, porque yo tampoco tengo monedas”, dije para romper el silencio. No estaba mintiendo. Un suceso tan anodino me dejaría sin comer hasta el día siguiente. Si no me esforzaba en comprender los embates crípticos de Derrida, mucho menos lo haría para obtener un insípido vaso de sopa. Pongámoslo de otra manera: si un autor es difícil lo abandono porque no creo que deba hacer el mayor esfuerzo, ¿qué paraíso me promete el escritor para convencerme de tragar su jerigonza? Son, en todo caso, los jóvenes quienes deben esforzarse. A ellos les toca jalar las riendas porque tienen ancas más fuertes, pulmones más sanos. Yo, a mi edad, no voy a incomodar a mi cerebro para entender las metáforas de un filósofo y mucho menos las de un escritor. Si van a complicarse la vida es su problema, si su cerebro es en efecto deslumbrante y complejo entonces serán capaces de ofrecernos, a nosotros los estúpidos, un poco de sencillez. Sólo impulsado por la fuerza animal de mi juventud pude leer completo el *Ulises* cuando tenía veintitrés años sin sentirme engañado. Ahora sé que el maldito irlandés jugó con aquel joven crédulo que pensó tenía algún sentido internarse en su libro. Me pregunto: ¿cómo puede ser un escritor tan vanidoso como para pensar que otros dedicarán no sé cuántos años de su vida a comprender su obra? Lo

digo con cierto encono pues a mí nadie me ha dedicado más de tres meses de su atención.

Tres meses vividos al lado de una filóloga italiana de inolvidable cintura que se instaló en mi casa y fingió interesarse en mis opiniones. Profesora de la Universidad de Bolonia, alumna de Umberto Eco y autora de sesudos artículos al respecto del árbol de Porfirio. Siendo tan hermosa, ¿por qué dedicaba su vida a esas excentricidades? Durante su estancia en mi departamento no pagó renta, se acostó sólo en dos ocasiones conmigo y concluido su curso de literatura mexicana voló a Perugia, su tierra natal, donde visitaría a sus padres para luego seguir hacia Bolonia. Al principio me comporté amablemente participando en la conversación con mis raquíticos conocimientos acerca de lingüística. Después de un mes decidí finiquitar nuestras pláticas con el siguiente epitafio: “Deseo creer en mis palabras y no tengo la menor intención de ponerlas en duda. Creo en mis palabras como un católico cree en la Santísima Trinidad”. A Giovana Guercini me la presentó el encargado de asuntos escolares de la facultad, un antropólogo que abandonó el marxismo para escalar peldaños administrativos. El administrador académico jamás me había mirado con buenos ojos, pero estaba enterado de mi soltería. Todavía no sé por qué chingados deduje que hospedar a la profesora Guercini afectaría positivamente a mi sueldo. Mientras la italiana estuvo en mi departamento no pude llevar putas a mi casa y gasté más dinero del acostumbrado tratando de hacer digno el contenido de mi refrigerador. En contraparte a su falta de generosidad económica, mi invitada se portó siempre muy cariñosa e incluso mostró cierta preocupación por mí. Le sorprendió que no tuviera interés en hacerme de una mascota y me aseguró que de no estar casada con un hombre mucho más joven y atractivo que yo se quedaría a cuidarme para toda la vida. Era como todas las italianas que conocí en mis dos viajes a la península, dulces y amargas al

mismo tiempo, viles y seductoras, lo que no significa que haya conocido a muchas, sólo a las suficientes.

-Vas a estar mejor si no comes -me respondió Eduarda, atisbando sin pudor mi barriga. ¿Desde cuándo comenzaron a aparecer estos minisúper en las esquinas con las heladeras repletas de yogur y adolescentes majaderas tras los mostradores? Cuando era niño lo usual era una tienda con cajas de refrescos amontonadas y una amable mujer que solía llamarte por tu nombre.

-Tienes razón, una sopa más en el estómago no hace mayor diferencia.

-Compra cinco sopas en lugar de una. Las guardas en tu refrigerador y tienes de comer para toda la semana -me sugirió, satisfecha, como si hubiera resuelto el teorema de Fermat. Pensé que se trataba de una broma ya que su consejo era en extremo estúpido. A ella, en cambio, a juzgar por la expresión de su rostro le parecía una solución pertinente. Con cuánto gusto le habría sugerido que me acariciara los genitales y se guardara el cambio. Cuarenta pesos de propina por manosearle el pito a un profesor de filosofía amargado no era un mal trato. Ni siquiera le exigiría ir más allá del pantalón, sólo unos apre-tones y listo. Había un humor en ella que te invitaba a jugarle sucio, un algo que hasta entonces logré reconocer como una característica común en ciertas mujeres.

-Dame una sopa Maruchan y con el resto cómprate una caja de Kotex -le dije.

-Si quieres hacerme un favor, regálame los Kotex de tu mujer. Seguramente ya no los usa.

Tomé de nuevo el billete que había colocado encima del mostrador y salí a paso lento del minisúper. La pobreza me obligaba a tomar el billete. ¿Valía la pena perder cuarenta y dos pesos por ofender a una jovencita? Por supuesto. Lástima que los miserables no podamos darnos esos lujos y nos conformemos con un efímero e incipiente duelo de palabras.